

## También Jesús era judío<sup>1</sup> (fragmento)

Shoshi Brainer

La primera vez que lo vio, él estaba sentado en el jeep del Ejército Británico que se había detenido junto a la casa en la aldea. Fue en la primavera de 1945. Ella tenía en ese entonces trece años y sabía perfectamente que la guerra había terminado. También sabía, porque así se lo había explicado Mama Van Dyke, que Papa Van Dyke había consultado en las oficinas de la Cruz Roja en La Haya y había descubierto que ningún miembro de su familia había sobrevivido. Tres meses después de haber sido trasladados al campo de Westerbork, fueron deportados en tren a Auschwitz y allí murieron los tres, apenas llegaron. Mama Van Dyke lloró mientras le contaba eso, a pesar de que no había conocido a Otto, a Elsa y al pequeño Benjamín.

Pero Lotia no lloró. Simplemente preguntó: “¿Qué pasará conmigo?”.

A pesar de las difíciles condiciones de la guerra, *Mina* creció durante los años que pasó en la aldea. Mama Van Dyke era una cabeza más baja que ella y, cuando la abrazaba, debía pararse en puntas de pie, con sus zuecos de madera. Ella respondió: “¿Qué significa esa pregunta? ¿Acaso no eres nuestra hija? Siempre seguirás siendo nuestra hija”.

Y como *Mina* amaba a Mama Van Dyke y hasta apreciaba a Papa Van Dyke, y también confiaba en el afecto de todos los habitantes de la aldea, dijo: “Bueno” y se dirigió a su cuarto.

“No siento nada –pensó-. Mi madre, mi padre y Benjamín murieron y yo no siento nada”. Se tiró en la cama y trató de sentir, pero lo único que se le ocurrió fue que tal vez Mama Van Dyke, en ese momento, cuando la guerra ya había terminado, podía cansarse de ella repentinamente. Lo último que quería hacer era abandonar alguna vez Rhenen. En medio de la llanura, esa aldea se elevaba sobre una colina no muy prominente pero, una altura de cien metros es como una montaña inabordable para quien se encuentra siempre por debajo del nivel del mar.

Ella se acercó a la ventana, pegó la nariz contra el vidrio, miró el río Rhin y los campos verdes de principios de primavera que se extendían más allá, cerró los ojos con

---

<sup>1</sup> Capítulo de la novela *El gran libro de las despedidas*, Ediciones Am oved, 2009.

fuerza y comenzó a rezar silenciosamente: “Niño Jesús, por favor, en tu justicia, permíteme quedarme aquí para siempre”.

Un mes después, cuando el jeep se detuvo frente a la casa y el soldado descendió de él, ella presintió que algo malo estaba por suceder y nuevamente su corazón volvió a latir con fuerza. Corrió a esconderse detrás de la puerta doble de la entrada y prestó atención a las palabras que intercambiaron Mama Van Dyke y el soldado. Él dijo que era de la Brigada Judía y que tenía listas, confeccionadas por la Resistencia, de niños judíos que habían sido escondidos en las aldeas. Él los estaba recogiendo para llevarlos junto a los parientes que habían sobrevivido.

Mama Van Dyke aclaró que no había allí ningún niño judío y le pidió, con todo respeto, abandonar su propiedad privada.

Él le advirtió que tenía una orden del tribunal de justicia y si ella no le permitía ver a la niña, tendría que apelar a medidas legales.

Mama Van Dyke reaccionó alzando la voz. Gritó que ella solamente hacía aquello que su cura, que era el representante de Dios en cuerpo y alma, le indicaba.

Lotia lloró toda la noche en brazos de Mama Van Dyke. Pero al día siguiente nuevamente llegó el soldado en su jeep, acompañado por un desconocido. El hombre alegó que había venido desde Ámsterdam porque era el primo de Otto, que él y su mujer habían sobrevivido escondidos y querían llevarla con ellos.

Ella gritó que no iría con nadie y que no lo conocía.

El hombre le habló: “¿Qué dices, *Guillermína*? ¿Recuerdas que nos fotografiamos juntos después de la presentación de Otto frente al Concertgebouw, la sala de conciertos?”. E inmediatamente recordó a su padre y a su madre y a Beni y a todos los familiares que habían posado ese día de sol. Sintió cómo la inundaba el dolor, le rasgaba el pecho y todo su interior se derramaba. Miró a Sali, el primo de su padre, y comprobó que había envejecido terriblemente y se había quedado pelado. Quiso estirar sus brazos hacia él y abrazarlo pero, en lugar de eso, corrió y abrazó a Mama Van Dyke y lloró como lo había hecho aquel día, sola y asustada, sobre la cama de su padre y su madre.

Mama Van Dyke se suavizó ante el hombre acongojado que tenía enfrente y que, evidentemente, tenía más lazos de sangre con Lotia que ella. También comenzó a llorar y a

suplicar. “Les permitiré visitarla cuando lo deseen, pero no se lleven a la niña. ¡Es la única hija que tengo!”.

El soldado, que había permanecido un poco alejado, se acercó e intervino: “Esto es muy difícil para todos. Todos aquí son buena gente y estamos agradecidos por lo que hicieron por la niña. Estoy seguro de que le salvaron la vida y eso no tiene precio. Pero la niña no vino acá por propia voluntad, sucedió por la tragedia de la ocupación. En este momento, por la ley de Dios y por la ley de los seres humanos, la niña debe regresar a su familia y a su pueblo”.

Ese soldado era Ira. Durante la licencia que recibió de su regimiento, que estaba estacionado cerca de Bruselas, había ido en busca de su hermano David y también se propuso ubicar a otros niños judíos. “Soy responsable de ti –recordó *Mina* que le había dicho-, te escribiré y, si no estás a gusto en tu casa nueva, podremos ayudarte”. Pero no le aseguró: “Te llevaremos de vuelta a la casa de Mama Van Dyke”. Y por esa frase no dicha, la invadió el miedo y comenzó a correr sin destino, hasta que llegó a la iglesia y allí encontró al cura barriendo entre los bancos.

Corrió hacia él, lo abrazó y le preguntó llorando: “¿Realmente ustedes me quieren entregar a los judíos?”.

El cura, que era un hombre tranquilo y humilde, y por eso era tan querido por los habitantes de la aldea, le dijo: “También Jesús era judío”. Después se sentaron junto al altar y ella le contó por primera vez toda su historia. Cuando finalizó, él la aconsejó: “Hija, la vida te asignó el pequeño dolor que debes atravesar ahora, para que él te ayude a superar un sufrimiento mayor en el futuro”. Recién después de muchos años, sentada en el consultorio de Tzipi, la psicóloga, *Mina* recordó las palabras del cura. Y le contó: “Las personas en la aldea eran verdaderamente buenas y no solamente me salvaron. Me brindaron una buena vida, mientras mis padres y mi hermano vivían como animales. Muchas veces siento que fue una lástima que me hayan salvado. Hubiese sido mejor quedarme con mi familia. Hubiese sido más justo”.

En la época en que vivió en Ámsterdam -en la casa de Sali, el primo de su padre-, fueron una vez al cine y vieron en el noticiero, que se proyectaba antes de la película, los horrores que habían hecho los nazis. Ella estaba allí con Sali y la tía Hrietta, su flamante

esposa, y trató de no mirar la pantalla, pero una curiosidad incontrolable atrajo sus ojos hacia esas figuras en pijamas a rayas que se pegaban a las cercas. Todos eran esqueletos pelados y no se podía distinguir si eran hombres o mujeres. Entre ellos vio a un niño y esos ojos no le permitieron disfrutar de la comedia americana que se proyectó después. Se quedó sentada en silencio, porque no quería irritar a Hrietta, quien habitualmente estaba nerviosa, pero no aceptó, de ninguna manera, ir nuevamente al cine.

La tía Hrietta quedó embarazada ni bien ellos se mudaron al nuevo departamento en Olimpia Plein. Cuando *Mina* llegó, la tía estaba ya en su tercer mes y sufría de terribles náuseas. Mina trataba de evitar el contacto con ella, pero eso era imposible en la pequeña vivienda. Todas las noches ahogaba el llanto en su almohada y no sabía si extrañaba a sus padres y a su hermano o a Mama Van Dyke. De todos modos, se juramentó que un día se vengaría de ese soldado, que había llegado para arruinarle la vida.

Traducción: Tamara Rajczyk